

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Leo en todos los periódicos que, en los Estados Unidos, se ha formado una Asociación para sonreír y estar vertiendo regocijo el día entero, y no puedo menos de recordar aquello tan sabido:

«Alegrarnos nos manda el gran Preboste hoy á las doce en punto...»

La señorita Teodora Carter (muy señora mía) preside una Sociedad tan digna de simpatías y aprobaciones, y que lleva por lema «¡ánimo!» El excelente consejo es de agradecer á la señorita Carter y á sus gentiles consocias; es decir, supongo yo que serán gentiles, y que, al lanzarse por el mundo repartiendo sonrisas, no mostrarán unos dientes amarillos ni entreabrirán unos labios rosa viejo. Porque una de las cosas que engendran júbilo es la vista de un rostro fresco y juvenil.

Con todo, por lozana que sea una carita y por bermejor que haya hecho la naturaleza á unos labios, el mundo está lleno de penas que ni el espectáculo más atractivo logra consolar. Mayor alivio que estas señoritas sonrientes, prometen á la humanidad los doctores dedicados á estudiar la curación del cáncer, sea por medio del radio sea por la aplicación de la electricidad para disolver las células enfermas que van invadiendo á las sanas y las contaminan y destruyen. Algo, si no mucho, cabe disminuir la suma de aflicciones y miserias inherente á la condición humana; y algo también prolongar la vida, como intenta prolongarla, por métodos racionales, otro doctor, sucesor moderno de aquellos antiguos alquimistas macrobíologos, que creían haber descubierto los elixires de larga vida y los misterios de la eternidad. La vida puede estirarse un poco, aun sin el sistema que tanto da que hablar á la hora presente; sólo que los pesimistas se preguntan ¿merece la pena?

Nadie muere, ha dicho un filósofo: todo el mundo se mata. Cada momento contribuye al suicidio. Los excesos, las violencias de carácter, el desconocimiento de las leyes y reglas de la higiene, los cuidados, las desapoderadas ambiciones, abrevian la existencia de los miseros hijos de Adán. Si se evitan todas estas cosas—como los catarrosos evitan las corrientes de aire, hasta que una puede más que ellos y se los lleva á la sepultura—acaso se ganen unos años de vejez...

**

Batalla perdida de antemano, ésta de la defensa de la vida humana. Los estadistas dicen que es perjudicialísimo para una nación que la gente muera joven, antes de haber dado su coeficiente de trabajo; porque el que muere joven, representa una pérdida concreta, la del esfuerzo y sacrificios que ha costado su cría y educación. Aquella idea poética del pagano, que muere joven el amado por los dioses, nuestra edad positiva la ha desechado: podrán amar los dioses al que fenece en los albores de la vida, pero el único que rinde tributo á la humanidad es el que no se extingue hasta desempeñar la misión para la cual le destinaron sus aptitudes.

Por otra parte, ha llegado á preocupar seriamente, no sólo á los estadistas, sino á los pensadores, el hecho de que la natalidad disminuye. Yo no sé si esta disminución es tan alarmante como se dice; si se concreta á Francia, ó se extiende á todas las naciones de Europa; y, á decir verdad, juzgando por el aspecto de los jardinetes madrileños cualquier día de la semana, y especialmente los de fiesta, y por las

retahilas de los pordioseros, de los cuales el que menos ha engendrado seis churumbeles, sería cosa de afirmar que aquí no debe temerse tal despoblación. Hoy hace falta que nazca gente, porque hemos vuelto á la época de las grandes emigraciones. No emigra la tribu, la horda, la raza entera, pero hay comarcas españolas, y creo que también italianas, que se despueblan, enviando en masa á sus moradores á las tierras americanas en que se necesitan brazos y se forman y constituyen los grandes núcleos del porvenir. América quiere poblarse, y poblarse con sangre blanca, en lo cual, pese á todos los fraternizadores, tiene razón.

Se puede fantasear cuanto se quiera sobre las diversas familias humanas; la blanca conserva superioridad. No han sido negros quienes fundaron las civilizaciones, y no han sido amarillos ni rojos quienes crearon las supremas obras del arte y de la ciencia. Los chinos lo habían inventado todo anticipándose á los arianos,—el papel, la pólvora, el teléfono, hasta el telégrafo sin hilos—pero el caso es que, con tanta invención «como trujeron» les pasó lo que á los infantes de Aragón de la conocida elegía: fueron una nación de atraso, un pueblo muerto.

Se habla mucho del peligro amarillo; se teme que esos hombres de ojos oblicuos, de bigote ralo, de coleta luenga y de ponulosa faz, invadan las comarcas en que hace falta gente, y compitiendo por lo barato de sus salarios y lo frugal de su vida, lleguen á extenderse por el planeta en proporciones temibles para los blancos. Ciertamente el blanco posee un excelente auxiliar: el opio. Los amarillos se envenenan metódicamente con la droga de la ilusión. De fantasía menos plástica que nosotros, necesitan fumarla para soñar. Nosotros soñamos despiertos. Nuestro cerebro se encuentra en otro período de la evolución.

**

No es indiferente, ni mucho menos, el dato de si ha de ser una ú otra raza la que se sobreponga en el mundo que habitamos, y realice el ideal de poblar por completo las vastas soledades que cubren acaso más de las dos terceras partes de su superficie. ¿Cómo va esto á ser indiferente? El modo de pensar humano está viciado por quiméricas concepciones. Hallamos natural escoger cuidadosamente la raza de los perros, carneros, caballos, puercos y gallinas, y en cambio atribuímos igual valor á toda la especie humana. No puede defenderse criterio semejante.

Acaso convenga la mezcla de sangres, el cruzamiento, que es uno de los medios de mejoramiento empleados por los ganaderos; lo que nunca podrá recomendarse, es la invasión de una raza inferior y su predominio futuro sobre otras razas probadamente superiores.

No valen declamaciones de filántropos, ni ejemplos de casos aislados, en que desarrolló grandes facultades tal ó cual individuo de las razas consideradas inferiores por los etnólogos. Estas cosas han de mirarse en conjunto. Y, en conjunto, sería ocioso negar á los blancos, jaféticos ó como se les quiera llamar, la superioridad que, á precio de tantas fatigas, luchas y trabajos tienen ganada.

Entre los mismos blancos, está planteada una histórica competencia. Latinos á un lado, sajones á otro. El campo de batalla, sea incruenta y económica, ó sea batalla propiamente dicha, está en el Nuevo Mundo, donde se marca bien la doble corriente; á un lado los Estados Unidos, la lengua inglesa; al otro, la América española, por extensión la América latina, con la lengua de Cervantes.

Actualmente se atribuye la primacía á los sajones. Pero no hay que admitir sin examen las preocupaciones de una época. Todavía hace bien pocos siglos los sajones parecían inferiores, y lindaban con los confines de la barbarie. Ahora se habla de nuestra decadencia, de nuestro empobrecimiento físico é intelectual. Muchas vueltas da el mundo; y el Nuevo Mundo puede dar muchísimas. La América española, se halla en evidente, innegable progreso; su formación y constitución definitiva, avanza. De allí esperamos la continuación de los grandes fastos latinos, entendida siempre la palabra en el sentido de distinguirnos del mundo sajón.

**

¡Qué poco importan estos problemas á los políticos que se hallan entregados en cuerpo y alma á la gimnasia electoral!

Cada día parece más absurdo este método de gobernar á un pueblo. Debe de ser, sin embargo, insustituible, cuando perdura y nadie se atreve á pensar en reemplazarlo con otro. Había un Estado europeo, el pequeño y lindo principado de Mónaco, que esta-

ba libre de la plaga. Se encontraba como las propias rosas. Era una monarquía absoluta, regida por el más liberal y humanitario de los hombres. Ahora parece que las ranas de Mónaco, en vez de pedir rey como sus antiguas hermanas de charco, piden constitución. Ya verán, ya verán lo que es bueno.

Si las oligarquías constitucionales se formasen por razón de merecimientos adquiridos, tendrían al menos una explicación. Quizás no por eso fuese mayor su utilidad política; no obstante, la nación pudiera enorgullecerse de que, en las Cortes, estuviesen congregados los españoles de más reconocido valer, en todos los órdenes de la actividad. Con el presente sistema, no sé si sería paradoja sostener que ocurre exactamente todo lo contrario. Admitamos algunas excepciones. En general, es así. Las nulidades abundan, los cerros tienen allí su campo de cultivo...

Ahora, la oligarquía que forma el Congreso tiende á introducir la transmisión hereditaria del cargo. Los distritos se heredan corrientemente como se heredaría una casa ó un predio. Ni los electores ni el gobierno preguntan al candidato lo que vale, lo que piensa, lo que puede inscribir en su hoja de servicios. Es el niño de D. Mengano, y basta. Muchos, que acaso serán detractores de la nobleza hereditaria, encuentran suficiente la razón del nacimiento para representar al país y sancionar las leyes.

Es verosímil que dentro de cien años, y si no de cien, de ciento cincuenta, los que estudien la historia de nuestras instituciones, se asombren de que tal farsa haya durado lo que ha durado. Quizás, para esa fecha, se descubra otro modo de gobernar más sincero, más digno y más fácil que éste de «los comicios» con su mentira legal de las mayorías siempre pertenecientes al partido que manda. Y, juzgándonos por nuestras instituciones políticas, no nos «tendrán en veneración» sino que se reirán de nuestra candidez...

**

Nótese que las mujeres, que están privadas de todo derecho político, no por eso dejan de sufrir, de rechazo, las molestias de este tejemaneje electoral. Vieron á pedirle el voto de sus colonos á una señora, en favor, por ejemplo, de Perengáñez. Traían para autorizar tal demanda, la representación de persona muy allegada y querida de la señora. Dos días después, aparece otra comisión, pidiendo el mismo favor, con la representación de la misma persona querida y allegada, pero, no ya en favor de Perengáñez, sino de Perencéjex, enemigo «figadal» como dicen los portugueses, de Perengáñez. Y venían estos segundos peticionarios, resueltos como piratas en desembarco, y determinados á que no se quedase así la cosa, si no lograban su intento. La señora averiguó si, en efecto, los dos bandos representaban exactamente á un solo personaje, y hubo de cerciorarse de que, positivamente, allí no había disidencia política, sino... otra cosa; el interés de cada quisque. Y, entonces, acordándose de Salomón, y no pudiendo imitarle, porque si un catedrático inventó la media gota, ningún ministro de la Gobernación ha inventado aún el medio voto, optó por lo más sabio, que es dejar que las cosas vayan por su camino, sin mezclarse en arreglarlas. Que los colonos votasen por quien les pareciese más interesado en el bien del país—ó, para hablar exactamente, por quien les rebajase más la gabela de los consumos...

**

Mi asombro es infinito al ver que no faltan poderosos de la tierra que se gastan, con la mayor tranquilidad, diez, quince, treinta y hasta cien mil duros en tener un acta, y repiten este *sport*, tres, seis, diez años... Y no son ni hombres de ardientes y rabiosas convicciones políticas, ni aficionados á pronunciar discursos, ni cosa que lo valga. Van simplemente á sumarse á una mayoría ó á una minoría disciplinada... No sé hasta qué punto vale la pena. Ellos lo sabrán.

Todo esto de la política se reduce á un vaivén apañado, máscara de intereses. Y el viejo tópico del progreso político se va gastando. Lo prueba el movimiento irresistible de una gran democracia, la mayor de todas, la de los Estados Unidos, hacia el imperialismo. La necesidad de ser fuertes es lo primero, y si la fuerza se consigue imperializando, sería ridículo el fanatismo de la forma de gobierno como esencia de la vida nacional. Los Estados Unidos son demasiado prácticos para dar tanta importancia á cuestiones de forma. Si el Imperio les conviene, harán Imperio. Y se reirán una vez más de las menudencias en que se para la vieja Europa.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.